

EDITORIALES

# Tasa bancaria europea

La loable iniciativa del presidente Barroso tiene escasas opciones de materializarse

El presidente de la Comisión, José Manuel Durao Barroso, concretó ayer en el Parlamento Europeo lo que podría ser la tasa con que se gravarían las transacciones financieras. Con esta iniciativa, que cuenta con el apoyo de los países grandes de la Unión y ha sido ya debatida en el Consejo Europeo, se podrían recaudar unos 55.000 millones de euros. La propuesta de la Comisión consistiría en gravar con un 0,1% las transacciones con acciones y bonos y con un 0,01% las operaciones con derivados que se realizaran en cualquiera de los 27 países miembros. El fundamento de esta especie de 'tasa Tobin' europea es políticamente impecable, ya que el sistema financiero global ha sido responsable directo de la recesión cuyos coletazos todavía padecemos. Aunque no está claro quién acabaría pagando el recargo –parece inevitable que el sobrecoste sea cargado al cliente final–, es evidente que los recursos provenientes de las transacciones dinerarias podrían tener un efecto estimulante siempre que, como ha prevenido el presidente del Banco Central Europeo, no generen deslocalizaciones. En efecto, para que dicha tasa no produjera desequilibrios ni distorsiones en los mercados no debería extenderse solo a los 27 países de la UE sino a toda la comunidad de países. De ahí que la Unión esté dispuesta a llevar esta propuesta al G-20. El futuro de la idea es escaso porque, en Europa, el Reino Unido ya ha dicho inflexiblemente que no, y la solución de limitar la tasa al Eurogrupo otorgaría ventajas al Reino Unido insostenibles para los demás países comunitarios. Los Estados Unidos ni siquiera se plantearán el asunto (resulta inimaginable que los republicanos transijan con semejante restricción de la libertad mercantil), y es muy dudoso que los países emergentes la acepten. La Unión quizá debería dedicarse más a fortalecer su integración, en el largo camino hacia el federalismo fiscal, que a buscar caminos laterales a una armonización que deberá tener lugar antes o después y que posibilitaría no solo el mutualismo cooperativo de los eurobonos sino también un mayor presupuesto europeo para las actuaciones de política económica.

## Recibo devuelto

La decisión del Gobierno de no incrementar el recibo de la luz doméstica en aplicación de la subida del 13% experimentada por su coste en la última subasta constituye una medida política que ninguna formación de las que concurren a las próximas elecciones discute. Pero es evidente que pospone un aumento de tarifas que el próximo Gobierno deberá afrontar inmediatamente después de su toma de posesión. A no ser que proceda a modificar el método de cálculo del precio del suministro eléctrico asumiendo los compromisos legalmente adquiridos hasta el momento en que ello se produjera. Opción que, en cualquier caso, no podrá soslayar que la deuda respecto a las eléctricas irá acumulándose mientras no se aborde de forma consecuente la siempre impopular tarea de aproximar el precio del recibo al coste real de la generación y distribución de esta energía. A no ser que los sucesivos Gobiernos recurran a la simulación de concebir la parte regulada de esa deuda –con los estímulos para las renovables y la rebaja del déficit acumulado– como una vertiente del coste a contemplar con una discrecionalidad que ya hoy podría estar rozando los límites de la norma vigente.

## LA VERDAD

DIARIO DE LA MAÑANA FUNDADO EN 1903  
EDITA: LA VERDAD MULTIMEDIA S.A. DEPÓSITO LEGAL MU 3-1958

Director Alberto Aguirre de Cárcer

Jefe de información  
Joaquín García Cruz  
Jefe de edición  
Pachi Larrosa Sancho  
Delegado en Albacete  
José Fidel López Zornoza

Redacción  
José Antonio Domingo  
Jiménez, Ana Martínez, Dolores Carcelén Fernández, María Dolores Munera, Marino Martínez Blanco, María Teresa Martínez Blanco, Román Quintanilla Soriano, José Luis Royo Paz (Deportes), Manuel Podio Jiménez (Fotógrafo)  
Delegado Comercial  
Alejandro López Arce

Director General  
Daniel Gidró Sánchez

Director de marketing  
José Manuel Jiménez Romera

Directora de control de gestión  
María del Carmen Valentín Asta

Director de difusión  
Ricardo Villar Muñoz

Publicidad CMLevante  
MURCIA Tel. 968 27 23 19  
ALICANTE Tel. 965 92 22 82  
ALBACETE: Tel. 967 21 00 00

# Guerra Civil y cultura de guerra

PEDRO OLIVER OLMO

PROFESOR DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA EN LA UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

La hostilidad contra el movimiento 'pro recuperación de la memoria histórica' parece una disputa política, una polémica más

La Guerra Civil española es nuestro hecho histórico más trágico, y no solamente por el triste balance de víctimas como consecuencia de los combates o los bombardeos. Lo peor, en términos humanos y éticos, fue la mortandad ocasionada por las sangrientas dinámicas de represión, castigo y venganza que se desencadenaron en las retaguardias.

Nunca antes habíamos vivido una violencia política tan terrorífica y tan embrutecedora, la que llevó al paredón o a las cunetas y los ribazos a decenas de miles de paisanos. Ni durante las guerras carlistas del siglo XIX, a pesar del altísimo nivel de crueldad que se alcanzó en la primera de ellas; ni tampoco en la inmediatamente anterior de 1820, la que enfrentó a absolutistas y liberales. En brutalidad represiva y en impiedad punitiva, la Guerra Civil española es, con mucho, nuestra auténtica tragedia histórica.

El golpe militar lo trastocó todo. Los golpistas de julio del 36 tenían claro que para vencer rápidamente debían golpear con fuerza, sembrando el terror y desplegando una gran violencia que aniquilara físicamente (y amedrentara moralmente) las fuerzas de su poderoso enemigo, es decir, la República misma y las organizaciones populares que previsiblemente iban a defenderse (o tal vez iniciar la revolución tantas veces añorada, como de hecho hicieron desde el 19 de julio). Entre septiembre y noviembre de 1936, y sobre todo después de "la batalla de Madrid", cuando Franco no pudo tomar la capital de España, la insurrección militar contra la República dio paso a una auténtica guerra civil. Una guerra total.

Tres meses después del 18 de julio el daño producido era ya inmenso y, sin embargo, nadie podía imaginar lo mucho que se iba a prolongar aquel tiempo de sufrimiento. Por supuesto que las formalidades democráticas habían saltado por los aires, a pesar de que también en el terreno de las formas la República se empeñara en ganar día a día la batalla moral de la legitimidad, intentando, sin éxito a nivel diplomático, que quedara patente la falta de escrúpulos de los rebeldes y el carácter criminal de sus intenciones. Pero la guerra multiplicaba de forma imparable eso que se ha dado en llamar «la brutalización de la política».

Como toda guerra transcurrió acompañada de símbolos y productos culturales producidos para alentar el valor del combate, el patriotismo y el militarismo del momento (a través de himnos y conmemoraciones, cánticos y poemas, prensa y propaganda, cine y deporte, etcétera). Sin embargo, lo trascendente ocurrió en el ámbito sociocultural, porque la guerra española generó lo que también suele generar toda guerra: una «cultura de guerra» entendida como actitud colectiva de odio y desprecio hacia quien se considera «el enemigo». Ya desde finales de julio de 1936, conforme la violencia iba en aumento, y según se iban conociendo los detalles (muchas veces officiosos) de la extrema violencia del contrario, más y más personas se fueron enroscando y embruteciendo. Crecía el miedo y con él

ganaban terreno la rabia, el rencor y las ganas de vencer para vengar a los caídos y castigar a los vencidos. La cultura de guerra se agigantaba, lo envolvía todo y ayudaba a aceptar de forma fatalista la ruptura de las bridas civilizatorias, trascendiendo el ámbito de los actores más activos en el conflicto (militares y paramilitares, fuerzas políticas, etcétera), en un ambiente generalizado de belicismo social y militarismo popular.

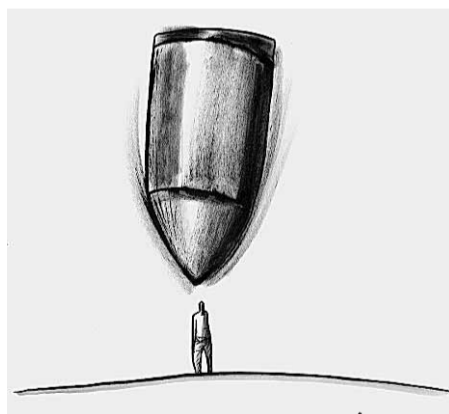
Cuando Franco ganó ya no eran necesarios ni los lenguajes exterministas ni los ardores guerreros amenazantes y aterradores. Pero era ineludible justificarse, más aún cuando el dictador prolongaba en tiempos de paz su proyecto represivo y de limpieza política. En el contexto cambiante de la dictadura, el belicismo popular de los vencedores también tenía que evolucionar. La cultura de guerra atravesó el franquismo conformando un ethos colectivo que exculpaba a los golpistas del 36. Sus ecos no dejaron de oírse en boca de los mandatarios franquistas hasta 1975, incluso cuando se olvidó el mito de la Cruzada y se propagó como un mantra un nuevo mito menos estomagante, el de la «guerra entre hermanos». La noción de «guerra fratricida», sin perder mucho matiz, también se iría transformando para ayudar a crear la narrativa postheroica actual, la que apuntala las actitudes más ignorantes y displicentes: todos los de entonces, los azules y los rojos, fueron igual de apasionados e igual de violentos (ninguno era «demócrata», o lo que es lo mismo: ninguno merece nuestra atención).

Después de la muerte de Franco, aunque la transición a la democracia transcurriera apelando a valores propios de una «cultura de paz», o al menos

contrarios a los que glorificaban el enfrentamiento violento, lo que quedaba de aquel viejo militarismo social de los sublevados y los vencedores no dejó de determinar las políticas hacia el pasado. Pero la atmósfera de una cultura de paz que se precie de serlo, antes de que ayude a transitar con paso seguro el camino de la reconciliación, debe quedar limpia del aire viciado que enturbia y envenena la memoria de los vencidos. Y no fue

eso lo que se hizo durante la Transición. Por esa razón seguimos lamentando que una cultura de guerra desenlazada allá por 1936, a consecuencia de una sangrienta insurrección militar, aún perviva y tenga cierto arraigo social e incluso algún tipo de asiento institucional.

La hostilidad que a veces se despliega en este país contra el movimiento social «pro recuperación de la memoria histórica» parece una disputa política, una polémica más. También parece un debate entre historiografía y memoria, al que se han añadido pseudohistoriadores con ganas de gresca. Y sobre todo parece una «guerra de memorias» que, aunque preocupe por su virulencia, a fin de cuentas se libra de forma incruenta, democrática y civilizada. Está claro que es todo eso que parece ser, pero no por ello deja de ser algo mucho más profundo y mucho menos presentable: el eco tardío de una vieja cultura de guerra, el inaceptable legado de una recalitrante crueldad.



:: JESÚS FERRERO